

Capítulo 13: Regocijarse en el Señor

Los hijos de Dios son llamados a representar a Cristo y a mostrar la bondad y la misericordia del Señor. Así como Jesús nos ha mostrado el verdadero carácter del Padre, así nosotros debemos mostrar a Cristo a un mundo que no conoce su amor bondadoso. Jesús oró a su Padre: «Los envíe al mundo, así como tú me enviaste a mí al mundo»; «Yo en ellos y tú en mí, ... para que el mundo conozca que tú me enviaste» (Juan 17:18, 23).

El apóstol Pablo escribió a los discípulos de Jesús: «Ustedes mismos son nuestra carta, ... conocida y leída por todos» (2 Corintios 3:2). Todos los hijos de Cristo son como cartas para el mundo. Si somos seguidores de Cristo, Él nos envía como una carta a nuestra familia. Nos envía a la aldea y a la calle donde vivimos.

Jesús, que vive en nosotros, quiere hablar a los corazones de aquellos que no lo conocen. Quizás ellos no leen la Biblia ni escuchan la voz que les habla en sus páginas. No ven el amor de Dios a través de sus obras. Pero si verdaderamente representamos a Jesús, las personas podrán ser guiadas a través de nosotros para verlo. Podrán comprender algo de su bondad y ser ganadas para amarlo y servirlo.

Los cristianos son portadores de luz en el camino hacia el cielo. Deben dar al mundo la luz que brilla sobre ellos desde Cristo. Sus vidas y caracteres mostrarán a otros cómo es Cristo y qué significa servirlo.

Cuando representamos a Cristo, mostramos a otros que es un placer trabajar para Él. Los cristianos saben que esto es realmente cierto. Los cristianos que se quejan y son infelices dan a otros una idea equivocada de Dios y de la vida cristiana. Hacen que la gente piense que a Dios no le agrada que sus hijos sean felices. Esto es muy lamentable, porque están diciendo algo acerca de su Padre celestial que no es verdad.

Satanás se complace cuando puede llevar a los hijos de Dios a la duda y a la infelicidad. Se deleita en vernos desconfiar de Dios. Quiere que dudemos de la

voluntad y el poder de Dios para salvarnos. Le encanta que sintamos que Dios nos llevará al daño.

Satanás quiere que sintamos que el Señor no tiene piedad de nosotros. Pero él no dice la verdad. Llena nuestras mentes con falsas ideas acerca de Dios. Trata de hacernos pensar en estas ideas erróneas en lugar de la bondad de Dios. Quiere que desconfiemos de Dios y nos quejemos de la manera en que Él nos guía.

Satanás trata de hacer que la vida cristiana parezca oscura y triste. Quiere que parezca difícil y desagradable; y algunos cristianos pueden, por la manera en que actúan, hacer que la gente piense que servir a Dios es difícil. Esto hace que parezca que están de acuerdo con Satanás.

Muchas personas, al caminar por la senda de la vida, piensan y hablan acerca de sus errores. Hablan de cómo han fracasado, y sus corazones se llenan de tristeza. Una mujer que había estado haciendo esto me escribió mientras yo estaba en Europa. Estaba muy infeliz y me pidió algunas palabras de esperanza. La noche después de leer su carta, soñé que estaba en un jardín. La persona que parecía ser el dueño del jardín me guiaba por sus senderos.

Yo estaba recogiendo las flores y disfrutando de su dulce fragancia. Entonces esta mujer, que había estado caminando a mi lado, me llamó para que mirara las feas espinas que estaban en su camino. Allí estaba ella, llorando tristemente. No caminaba por el sendero ni seguía al guía, sino que caminaba entre las espinas.

«¡Oh!», exclamó, «¡qué lástima que este hermoso jardín esté arruinado con espinas!».

Entonces el guía dijo: «Deja las espinas, porque solo te herirán. Recoge las rosas, los lirios y los claveles».

Debemos pensar en los buenos momentos de nuestras vidas. ¿Hemos tenido horas preciosas en las que nuestros corazones se llenaron de gozo cuando el Espíritu de Dios nos habló? Cuando miramos hacia atrás en nuestras vidas, ¿vemos muchos tiempos agradables? ¿Son las promesas de Dios como las dulces

flores que crecen junto a nuestro camino? ¿Podemos dejar que su belleza y dulzura llenen nuestros corazones de gozo?

Las espinas solo nos herirán y nos entristecerán. Si recogemos espinas y se las damos a otras personas, nos estamos apartando de la bondad de Dios. Estamos impidiendo que la gente que nos rodea camine por la senda de la vida.

No debemos tratar de recordar todas las cosas desagradables que nos han sucedido en el pasado. No debemos hablar de nuestros pecados y entristecernos por ellos. Pronto seríamos vencidos y sentiríamos que no tenemos esperanza. Una persona sin esperanza solo ve oscuridad. Está excluyendo de sí misma la luz de Dios y arrojando una sombra sobre el camino de los demás.

Podemos dar gracias a Dios por los cuadros brillantes que Él nos presenta. Reunamos las maravillosas promesas de Dios para que podamos contemplarlas a menudo. El Hijo de Dios dejó el trono de su Padre y cubrió su naturaleza divina con carne humana. Se hizo hombre para poder salvar a las personas del poder de Satanás. Ganó la batalla contra el mal por nosotros y abrió el cielo para mostrarnos su gloria.

Estudiemos cómo las personas son levantadas del foso del pecado. Aprendamos cómo son traídas nuevamente cerca de Dios. Imagina en tu mente cómo nosotros, por medio de la fe en nuestro Redentor, somos vestidos con la justicia de Cristo. Somos elevados por la fe hasta su trono. Dios quiere que pensemos en todas estas cosas.

No honramos a Dios y entristecemos a su Santo Espíritu cuando parecemos dudar del amor de Dios y de sus promesas. ¿Cómo se sentiría una madre si sus hijos siempre hablaran en contra de ella? ¿Cómo se sentiría si actuaran como si ella quisiera que sufrieran? Todo el trabajo de su vida ha sido traerles consuelo. Le quebrantaría el corazón si dudaran de su amor. ¿Cómo se sentirían los padres si fueran tratados de esta manera por sus hijos?

¿Qué puede pensar nuestro Padre celestial de nosotros si no confiamos en su amor? Este amor lo ha llevado a dar a su propio Hijo para que nosotros pudiéramos tener vida. El apóstol escribió: «El que no escatimó ni a su propio

Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿no nos dará también con Él todas las cosas?» (Romanos 8:32). Y sin embargo, cuántas personas por sus actos, si no por sus palabras, se apartan de su amor. Dicen: «El Señor no quiere decir esto para mí. Quizás ama a otros, pero no me ama a mí».

Estos pensamientos son dañinos, porque cada palabra de duda invita a Satanás a tentarnos. Nuestras propias dudas se fortalecen, y apartamos de nosotros a los santos ángeles. No debemos hablar ninguna palabra de duda cuando Satanás nos tienta. Si elegimos abrirle la puerta, nuestras mentes se llenarán de dudas y preguntas. Hablar de manera dudosa no solo es malo para nosotros, sino que siembra una semilla que crecerá y dará fruto en la vida de otros. Puede ser imposible detener la influencia de nuestras palabras.

Nosotros mismos podemos ser capaces de apartarnos del tiempo de duda y del liderazgo de Satanás. Pero otros que nos han escuchado y creído pueden no ser capaces de olvidar nuestras palabras. ¡Cuán importante es que hablemos solamente aquellas cosas que darán fuerza espiritual y vida!

Los ángeles están escuchando para oír qué clase de informe estamos dando al mundo acerca de nuestro Maestro celestial. Que nuestros pensamientos y palabras sean de Aquel que está delante de su Padre. Cuando tomemos la mano de un amigo, que la alabanza a Dios esté en nuestros labios y en nuestros corazones. Esto dirigirá los pensamientos de nuestro amigo hacia Jesús.

Todos tenemos pruebas, tristezas y tentaciones. No debemos contar nuestros problemas a la gente, sino llevar todo a Dios en oración. Debemos establecer como regla nunca hablar una palabra de duda. Podemos hacer mucho para alegrar la vida de los demás. Nuestras palabras de esperanza y santo ánimo los fortalecerán.

Satanás está tentando a muchas personas valientes a hacer lo malo. Están casi a punto de desfallecer en la batalla contra el yo y los poderes del mal. No debemos hacer más difícil la situación de tales personas. Podemos animarlas con palabras valientes y esperanzadoras que las ayudarán en el camino. Así la luz de Cristo brilla desde nosotros. «Ninguno de nosotros vive para sí mismo»

(Romanos 14:7). Podemos estar ayudando a otros con nuestras palabras y actos sin saberlo. O podemos estar haciendo que las personas pierdan la esperanza y se aparten de Cristo y de la verdad.

Muchas personas tienen una idea equivocada de la vida y el carácter de Cristo. No piensan que Él fuera amigable y feliz. Piensan que era frío, severo y sin alegría. Dejan que esta idea de Cristo oscurezca sus vidas.

A menudo se dice que Jesús derramó lágrimas pero nunca sonrió. Nuestro Salvador fue ciertamente un Varón de dolores. Conocía lo que era la tristeza, porque abrió su corazón a todas las tristezas del pueblo. Su vida estaba sombreada por el dolor y las preocupaciones, pero su espíritu nunca fue quebrantado. Su rostro llevaba una expresión de paz y gozo. La felicidad fluía de su corazón. Dondequiera que iba, traía descanso y paz, gozo y alegría.

Nuestro Salvador era profundamente reflexivo pero nunca hosco. Las vidas de aquellos que lo siguen serán como la suya. Los seguidores de Cristo saben que tienen una gran obra que hacer por Él. No serán necios, groseros ni ruidosos. No repetirán chistes vulgares. La fe de Jesús les dará una paz que fluirá como un río. Su paz hará brillar la luz del gozo. Traerá verdadera felicidad, alegría y sonrisas. Cristo no vino para ser servido. Vino para ayudar a las personas. Cuando su amor está en nuestro corazón, seguiremos su ejemplo.

Si seguimos pensando en los actos crueles e injustos de otras personas, no podremos amarlas como Cristo nos ama. Pero si pensamos en el maravilloso amor y la compasión de Cristo por nosotros, este mismo espíritu fluirá hacia los demás. Debemos amarnos y respetarnos unos a otros aunque no podamos evitar ver sus faltas. Debemos ser humildes y no confiar en nosotros mismos. Si somos pacientes con las faltas de los demás, llegaremos a ser menos egoístas y más bondadosos y generosos.

David escribió: «Confía en el Señor y haz el bien; habita en la tierra y mantente seguro» (Salmo 37:3).

«Confía en el Señor». Cada día tiene sus preocupaciones y problemas. Cuando nos encontramos con nuestros amigos, estamos listos para hablar de nuestras

dificultades. Hablamos y nos preocupamos porque tememos que vengan tiempos difíciles. Uno podría pensar que no tuviéramos un Salvador compasivo y amoroso esperando escuchar nuestras oraciones. No hablamos como si Él estuviera listo para ayudarnos en todo momento de necesidad.

Algunas personas están siempre temerosas y esperando problemas. Cada día el amor de Dios las rodea, pero no ven sus bendiciones. Sus mentes están llenas de miedo por algo desagradable que podría venir, o se preocupan por algún problema pequeño y real que tienen.

La preocupación les impide ver muchas cosas por las cuales podrían estar agradecidas. Los problemas deberían hacerlas recurrir a Dios, que es su Ayudador. En cambio, permiten que las experiencias difíciles las separen de Él.

¿Debemos dudar de Dios? ¿Debemos desconfiar de Él? Jesús es nuestro amigo. Todo el cielo está interesado en lo que nos sucede. No debemos dejar que nuestras preocupaciones diarias nos asusten. Si lo hacemos, siempre tendremos algo que nos haga infelices. La preocupación no nos ayuda a soportar nuestras pruebas.

Podemos estar preocupados por nuestros negocios. El futuro se ve cada vez más oscuro. Tememos perder lo que tenemos. Pero no debemos perder la esperanza. Podemos depositar todas nuestras preocupaciones en Dios. Podemos pedirle que nos muestre cómo cuidar de nuestros negocios para no sufrir pérdidas. Entonces debemos hacer todo lo que podamos para lograr los mejores resultados. Jesús ha prometido su ayuda, pero espera que hagamos lo que podamos. Cuando hayamos hecho todo lo que podemos con la ayuda de Dios, podemos aceptar los resultados con alegría.

Dios no quiere que su pueblo esté agobiado por la preocupación. Pero nuestro Señor no trata de engañarnos. No nos dice: «No temas; no hay peligros en tu camino». Él sabe que hay problemas y peligros, y nos lo dice. No dice que sacará a su pueblo de este mundo de pecado y maldad, pero nos señala un lugar de seguridad que nunca falla.

La oración de Jesús por sus discípulos fue: «No te pido que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno» (Juan 17:15). Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33).

En su sermón del monte, Cristo enseñó a sus discípulos lecciones preciosas sobre su necesidad de confiar en Dios. Estas lecciones también debían ayudar a todos los hijos de Dios. Han llegado hasta nuestro tiempo para traernos ayuda y consuelo.

El Salvador habló de las aves del cielo. Dijo que las aves cantan sus alabanzas sin preocuparse por sus necesidades. «No siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta». El Salvador preguntó: «¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mateo 6:26).

El gran Padre abre sus manos y da lo suficiente para las necesidades de todas sus criaturas. Las aves del cielo están siempre en sus pensamientos. No les deja caer la comida en el pico, pero provee para todas sus necesidades. Deben recoger el grano que Él ha esparcido para ellas. Deben encontrar lo que necesitan para construir sus nidos y alimentar a sus crías.

Las aves cantan mientras buscan su alimento. Cantan porque nuestro «Padre celestial las alimenta». ¿No valemos nosotros, que podemos adorar a Dios, más que las aves del cielo? ¿No nos cuidará también nuestro Creador, Aquel que nos mantiene con vida? El que nos hizo nos dará todo lo que necesitemos si confiamos en Él.

Cristo habló de las flores del campo. El Padre celestial hizo las hermosas flores para mostrar su amor a sus hijos terrenales. Cristo dijo: «Mirad cómo crecen los lirios del campo». La sencilla belleza de estas flores silvestres era más atractiva que los espléndidos ropajes del rey Salomón. Las ropas más hermosas que las personas puedan hacer no pueden compararse con la gracia y la belleza radiante de las flores de la creación de Dios.

Jesús dijo: «Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada al horno, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe?» (Mateo 6:30).

Dios, el divino Artista, da a las sencillas flores sus muchos colores. Algunas de estas flores viven solo un día, y sin embargo Él las hace hermosas y perfectas. ¡Cuánto mayor cuidado tendrá por las personas que ha creado a su propia imagen! Cristo nos dio esta lección para enseñarnos a no preocuparnos. No debemos dudar ni perder nuestra fe.

El Señor quiere que todos sus hijos e hijas sean felices y tengan paz. Quiere que confíen y obedezcan. Jesús dijo: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». «Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea completo» (Juan 14:27; 15:11).

La felicidad que se obtiene del egoísmo pronto pasa. Esta felicidad deja a la persona sola y llena de tristeza. Pero hay un gozo real y duradero en el servicio de Dios. Los cristianos tienen un Guía que los conduce. No necesitan entristecerse por las cosas que han hecho. Pueden perder algunos placeres en este mundo, pero pueden ser felices al pensar en los gozos que tendrán en el cielo.

Incluso en este mundo, los cristianos tienen el gozo de saber que pueden caminar y hablar con Cristo. Pueden tener la luz de su amor y el consuelo de saber que Él está con ellos. Cada paso en la vida puede acercarlos más a Jesús y hacerles conocer más de su amor. Cada paso puede acercarlos más al bendito hogar de paz.

Entonces, aferrémonos a nuestra fe en Dios. Tengamos una esperanza más fuerte que nunca. «Hasta aquí nos ha ayudado el Señor» (1 Samuel 7:12), y Él nos ayudará hasta el fin.

Recordemos lo que el Señor ha hecho para consolarnos y para salvarnos de Satanás, nuestro enemigo. Mantengamos frescas en nuestras mentes todas las tiernas misericordias que Dios nos ha mostrado. Piensa en las lágrimas que Él ha enjugado y en el dolor que nos ha ayudado a soportar. Ha quitado nuestros temores y preocupaciones y nos ha dado todo lo que necesitamos. Estas bendiciones de Dios deben fortalecernos para soportar las pruebas durante el resto de nuestra jornada terrenal.

No podemos evitar pensar en las pruebas y tentaciones que enfrentaremos antes del fin del mundo. Pero podemos mirar hacia atrás tanto como hacia adelante y decir: «El Señor nos ha ayudado en todo el camino». «Tus fuerzas serán como la medida de tus días» (Deuteronomio 33:25, RSV). Las pruebas no serán mayores que la fuerza que Dios nos dará. Así que retomemos nuestra obra donde la encontremos, creyendo que seremos lo suficientemente fuertes para enfrentar todo lo que venga.

Algún día las puertas del cielo serán abiertas de par en par para dar la bienvenida a los hijos de Dios. De los labios del Rey de gloria caerá una bendición como música rica: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (Mateo 25:34).

Los redimidos serán recibidos en el hogar que Jesús está preparando para ellos. En el cielo no habrá personas malvadas. Los amigos de los redimidos serán personas que han vencido a Satanás mediante la gracia divina y han formado caracteres perfectos. Todo deseo de pecar habrá sido eliminado por la sangre de Cristo. Los redimidos resplandecerán con la gloria de Cristo, que es mucho más brillante que el sol.

Y lo que es más, la belleza de su carácter también resplandecerá a través de ellos. Estarán sin falta delante de Dios y tendrán las mismas bendiciones que los ángeles.

Un hermoso hogar celestial está preparado para los redimidos. «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?» (Mateo 16:26). Una persona puede ser pobre ahora, pero en el don de la vida eterna posee una riqueza mayor de la que el mundo jamás puede dar. Una persona redimida por Jesús, limpiada de todo pecado y que sirve a Dios, vale más que el mundo entero. Hay gozo en el cielo delante de Dios por cada persona que es redimida. Este gozo hace que los ángeles celestiales canten santos cantos de victoria.